# EL LAUREL DE LA ZÚBIA.



# EL LAUREL DE LA ZÚBIA,

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,

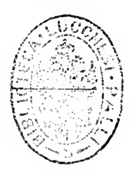
ORIGINAL DE


## D. ANTONIO HURTADO

Y

## DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.


Estrenado en el teatro del Príncipe el 4 de Marzo de 1865.





MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.




| PERSONAJES. | ACTORES. |
|---|---|
| REINA ISABEL........ | D.ª MATILDE DIEZ. |
| DOÑA BEATRIZ....... | SRA. DANZANT. |
| INÉS.................. | STA. DIAZ. |
| SANCHO.............. | SR. CATALINA. |
| DON PEDRO. ........ | SR. PIZARROSO. |
| Dos pajes. | |

La escena pasa en las inmediaciones de la Zúbia en el año de 1507.

## Á LA SEÑORA DOÑA MATILDE DIEZ.

---

Dígnese V. escudar con su nombre la pequeñez de esta obra, escrita en brevísimas horas, y ser á la vez intérprete de nuestra gratitud cerca de los actores que con V. han tomado parte en su inmejorable ejecucion.

A. Hurtado. G. Nuñez de Arce.



# ACTO ÚNICO.

Casa rústica en las inmediaciones de la Zúbia. Puerta al foro, En primer término, y á la derecha una puerta. Á la izquierda una chimenea. Maviliario pobre de la época. Aparece Doña Beatriz hilando á la lumbre, y D. Pedro pensativo.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ y D. PEDRO.

BEATRIZ. Y bien, señor; ¿qué me indica
esa pena que os embarga?
No hay esperanza?
PEDRO. Ninguna;
ninguna, Beatriz del alma!
Todos me dan al olvido!
Todos me vuelven la espalda!
El Cardenal no me atiende:
tampoco el conde de Cabra,
me tiene en poco el de Ureña,
y ya el de Aguilar se cansa,
que aunque su deudo, soy pobre,
y mi pobreza le infama!
BEATRIZ No os lo dije?

PEDRO. Y qué remedio?
(Con sentimiento.)
No vuelvo mas á Granada.
BEATRIZ. Á haber escuchado un dia,
dueño y señor, mis palabras,
ni os humillaran desdenes
ni la miseria os cercara.
Mas vos lo arrojásteis todo
del azar en la balanza,
y dísteis con vuestra sangre
la herodad de mis montañas.
PEDRO. Y qué hacer?... Noble he nacido,
y quien tiene sangre hidalga,
dar vida y hacienda debe
cuando el rey se las reclama.
Llamóme el rey á esta guerra,
acudí con mi mesnada,
gasté en ella mi fortuna,
mi vigor en las batallas,
si quien pagarme pudiera
hoy me olvida y no me paga,
prueba... no sé lo que prueba!...,
ni averiguarlo hace falta!
El rey es sol de justicia,
á Dios en él se retrata,
le he servido como debo,
cumplí con él, y esto basta.
BEATRIZ. Sí, y en tanto vuestros hijos,
hijos son de la desgracia,
que no tienen en la tierra
donde volver las miradas.
Inés...
PEDRO. Partirá á un convento
BEATRIZ. Amándola Alonso Arias?
PEDRO. Qué hacer? Su padre se opone
á este enlace?...
BEATRIZ. Hija del alma!
PEDRO. Y fuera en nosotros mengua
acariciar esperanzas,
que á mí por pobre me humillan,
y á él por rico no le cuadran!
BEATRIZ. Y mi Sancho?

PEDRO. Irá á la guerra,
que guerras hay en Italia;
y quien hijo es de soldado
bien es que á la guerra vaya.

BEATRIZ. Y nosotros?

PEDRO. Viejos somos,
la muerte nos amenaza;
pues hilo tiene esa rueca,
id hilando la mortaja.

BEATRIZ. Tan cerrado está el camino
de nuestro bien?

PEDRO. Si; ya es vana
toda esperanza!

BEATRIZ. Dios mio!

PEDRO. Solo me queda mi espada,
¡rayo de gloria, que al soplo
de mi desdicha se apaga!
Uno de mis ascendientes,
en la Rota de las Navas,
la obtuvo del rey Alfonso
en premio de sus hazañas.
Rojizas manchas ostenta,
manchas de sangre africana!
Timbres de honor y de gloria
que la ilustran y la esmaltan.
Aun pienso que en ella humea
la que en una tarde aciaga
arrancó á una turba mora
en esta misma comarca.
Quiso ver la Reina un dia
las torres de filigrana
de ese encantado recinto
que guarnece la Alpujarra,
y de Santa Fé salieron
en vistosa cabalgata,
los mas bravos caballeros
que allí por ella alentaban.
Oh! qué dia! Bien me acuerdo!
Los móros en algarada
vinieron á nuestros campos
buscando presa tan alta.
Vano intento! Ante el peligro

de aquella fiera jornada,
ni hubo corazon cobarde,
ni hubo brazo que temblara.
Tendió el de Córdoba, airado,
sus ojos por la campaña,
y al ver un laurel frondoso
que en medio de ella se alzaba,
gritóme con voz de trueno
vibrando al aire su lanza:
—Pedro Aguilar, á la Reina
yo te la encomiendo, sálvala.—
Oh! qué honor! Tomé las riendas
del potro que ella guiaba,
salvé la vasta llanura,
escondíla entre las ramas
del laurel, y allí de hinojos
vi á la Reina prosternada,
gritando:—«Ampara á los mios,
Señor Dios de las batallas!»—
Llegó la fiera morisma,
y asaltóme. ¡Empresa vana!
que era mi espada en mi diestra
ruda y sangrienta guadaña!
Lo que hice allí... Dios lo sabe!
Porque á la vez me alentaban,
la Reina con sus clamores,
Dios del cielo con su gracia.

BEATRIZ. ¡Ay, Pedro!

PEDRO. Vanos recuerdos!
De qué me sirven? de nada!
Ni aun quiere el cielo que guarde
ese blason de mi raza!

BEATRIZ. Pues qué pretendes?

PEDRO. Venderlo.

BEATRIZ. Vender esa espada santa!
Esa ejecutoria ilustre
que vuestra nobleza ensalza!

PEDRO. La quiere el conde de Ureña;
en mil ducados la paga!
Con ellos tendrán mis hijos,
tocas Inés, Sancho armas.

BEATRIZ. Dios nos ampare!

PEDRO. Es preciso.
¡Ni aun que comer hay en casa!
No llores; porque si lloras
me van á matar tus lágrimas.

## ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ.

Tiene razon!... Callar debo;
debo ocultar estas ánsias,
que muestras da de flaqueza
quien se abate en la desgracia!
Soy su esposa!... Seré fuerte...
fuerte... porque Dios lo manda,
que él premia á quien se resigna
y á quien se humilla levanta.
Madre de los Macabeos,
tú que débil, tú que anciana
viste morir á tus hijos
al rudo golpe de un hacha,
préstame tu fortaleza,
que tambien la suerte airada
hoy contra mí se revuelve,
y quiere con dura saña
que pierda, ¡ay, triste! á mis hijos,
los hijos de mis entrañas!

## ESCENA III.

BEATRIZ, INÉS y SANCHO.

SANCHO. Qué es eso?
INES Qué teneis, madre?
SANCHO. Por qué llorando os encuentro?
BEATRIZ. No es nada. Sancho, ahí adentro
te está aguardando tu padre.
SANCHO. Si no ha obtenido favor,
comprendo el llanto, á fé mia.
BEATRIZ Ay, Sancho! la suerte impia
le ha tratado con rigor.
SANCHO. Con que no le han recibido?

BEATRIZ. Nadie esperanzas le ha dado,
y ha vuelto el pobre soldado
con el corazon partido.
INÉS. Ay, padre!
SANCHO. Como le ven
tan pobre, de él se recatan:
no le temen ya, y le tratan
con orgulloso desden.
Mas pese al rigor prolijo
del hado, que asi nos pierde,
que he de hacer que alguien recuerde
que tiene ese viejo un hijo.
Su sangre noble heredada
dentro de mis venas ardo,
que no ha nacido cobarde
quien ha de llevar su espada.
BEATRIZ. Joya de tanto valer
no será por tí esgrimida,
porque esa espada querida
la va tu padre á vender.
SANCHO. Qué decís?
INÉS. Desdicha fiora!
SANCHO. Pero es verdad?... Pierdo el seso!
BEATRIZ. Sancho, para hablarte de eso,
dentro tu padre te espera.
SANCHO. Perder joya de tal ley!
Verla pender de otros lazos!...
Primero la haré pedazos
á los pies del mismo Rey.
BEATRIZ. Sancho!
SANCHO. Me mata el dolor!
Vender mi padre esa espada!
Hoy mismo parto á Granada
á decir al Rey:—Señor:
mirad ese noble acero
que fué de otro rey ofrenda:
vedlo, es la única prenda
que le resta á un caballero.
De honor explendente rayo,
vengador de hartas injurias,
fué el primero que en Asturias
vibró altivo don Pelayo.

Tras una lid y otra lid,
tras una y otra pendencia,
brilló en Leon y en Valencia
sobre la diestra del Cid.
Siempre fué su resplandor
funesto á la media luna:
díganlo en nuestra fortuna
campos de Caltañazor!
Cuenten su fama gloriosa
los que con bravos enojos
contemplaron sus despojos
en las Navas de Tolosa.
Hable en su abono el laurel
que regó sangrienta llúvia,
cuando mi padre en la Zúbia
salvó á la Reina con él.
Y hable, en fin, el de Tendilla,
que en su postrera jornada
miró agitarse esa espada
junto al pendon de Castilla.
Ya veis, señor; viva luz
derrama su ejecutoria:
ella compendia la historia
de los triunfos de la Cruz!
Tras siete siglos de saña
dominó á la raza mora,
que en ella ¡oh Rey! se atesora
la gloria entera de España.
Su noble dueño se acuita
en honda pena funesta.
Mucho el venderla le cuesta;
mas venderla necesita.
Hambre tiene, tiene honor,
nació noble, fué soldado,
y como nadie ha premiado
su lealtad y su valor,
de la estrechez á la ley
cede exhalando suspiros;
pero yo vengo á deciros,
tened esa espada, oh Rey!
Venderla un pobre pretende:
mas yo no quiero, señor,

que alhaja de tal valor
se rompe mas no se vende.

## ESCENA IV.

DICHOS y D. PEDRO.

PEDRO. Bien, Sancho! En ese trasporte
muestras que mi sangre llevas;
mas tambien con eso pruebas
que no conoces la córte.
SANCHO. Padre!
PEDRO. Será vano afan!
SANCHO. Qué decis?
PEDRO. Si, todo en vano;
entre tí y tu soberano
los grandes se interpondrán.
SANCHO. Trabaré ruda batalla
con ellos.
PEDRO. ¡Pobre de tí!
Calla, Sancho, y entra aqui.
SANCHO. Pero...
PEDRO. Resígnato y calla.

## ESCENA V.

BEATRIZ é INÉS.

INÉS. La vende, madre, no hay, duda;
la vende, madre, lo veo,
que mas bien que sus palabras
lo ha revelado su gesto.
No hay esperanza?
BEATRIZ. Las tuyas
puedes arrancar del pecho,
que el importe de esa espada
comprará tu cautiverio.
INÉS. Qué decis?
BEATRIZ. Tu padre quiere
llevarte, Inés, á un convento.
INÉS. Ay, madre! Será matarme!
no sabe que á Alfonso quiero?

BEATRIZ. Su padre, rico villano,
este enlace tiene en menos.
INÉS. Pero si Alonso me adora,
¿qué me importa ese desprecio?
BEATRIZ. Importa mucho á tu padre,
que aunque pobre, es caballero,
y no sufrirá arrogancias
de un miserable labriego.
INÉS. Y por orgullo me mata?
BEATRIZ. Inés, ofendes al cielo!
Servir á Dios es matarte?
INÉS. Ay! no, madre... si no es eso.
Servir á Dios es la gloria;
mas ¿cómo ganarla puedo,
si he de tener en el alma
constantemente el infierno?
Vivir, y vivir sin verle!...
amarle, madre, y perderlo!...
dar este amor al olvido!...
sepultarlo en el silencio!...
no veros mas!... no abrazaros!...
Oh! que me maten primero.
BEATRIZ. Calla, Inés! Te has vuelto loca?
INÉS. Si el amor nos roba el seso,
loca estoy, madre del alma,
que soy niña y amor tengo.
BEATRIZ. Dios mio!
INÉS. Sagrada Vírgen! (Enajenada.)
Vírgen santa del Remedio!
Vos que sin duda bajasteis
hace dos tardes del cielo,
y me hablasteis en la fuente,
en la fuente del Abeto,
mirad si en vos me confio,
que á voces estoy diciendo:
—Amparadme, madre mia,
que aunque es grande mi tormento,
si vos llegais en mi ayuda
tendrán mis penas consuelo!—
BEATRIZ. Pero qué dice? Dios mio! (Con inquietud.)
Hija! Inés!
INÉS. No tengais miedo.

BEATRIZ. Loca estás!
INÉS. Razon me sobra;
mas recobrad el sosiego,
que de esta oracion que os pasma
os aclararé el misterio.
BEATRIZ. Habla!
INÉS. Atended. Há dos tardes
que por dar á padre alientos
nos fuimos á despedirle
Sancho y yo, lejos... muy lejos.
Iba el buen viejo á Granada
acariciando deseos;
pero en su faz se pintaban
el temor y el desaliento.
Mirábame á cada paso
de tal manera, que creo
que mas de una vez mis ojos
sentí de lágrimas llenos.
—Qué teneis, padre, le dije?
—Hija, no sé lo que tengo;
pena me causa mirarte,
pues si como voy me vuelvo,
tendremos qoe separarnos
para no volver á vernos.
Calló, y callé estremecida
no sé qué angustias sufriendo,
que helada sentíme toda
con la frialdad de los muertos.
Llegamos junto á una fuente;
mi padre dijo: —volveos!—
Callamos; nos dió sus brazos,
y estampó en mi frente un beso.
Siguió con él Sancho un poco;
yo quedé solo un momento,
y cayendo de rodillas
pedí á la Vírgen consuelo.
De pronto sentí rüido
cerca de mí; me alzo y veo
junto á mi lado una dama
qué era de un ángel remedo.
Faz hermosa, ojos azules,
claros como dos luceros,

mejillas de nieve y rosas,
de seda y oro el cabello.
Cogióme por una mano,
me estrechó contra su pecho,
y me dijo:—¿Por qué lloras?
En qué complacerte puedo?—

**Beatriz.** Madre de Dios!

**Inés.** Era ella,
si; que al par me lo advirtieron
la belleza de su cara
y el perfume de su cuerpo.
Pensé morir de espanto,
arrodilléme de nuevo,
mas ella me alzó en sus brazos,
y dió vigor á mi acento.

**Beatriz.** Y qué? (Con ansiedad.)

**Inés.** Contéle la historia
de nuestros males acerbos,
y al escucharla, sus ojos
dulces lágrimas vertieron.

**Beatriz.** Virgen santa!

**Inés.** Llegó Sancho;
se alzó presurosa al verlo,
y tendiéndonos las manos,
que besamos con respeto,
murmuró con voz solemne:
—Volveré muy pronto á veros.
Tened fé; Dios no abandona
á los que viven gimiendo.—
Dijo, y volviendo la espalda
envuelta en su largo velo,
se fué alejando... alejando...
tan dulcemente, que pienso
que cuando tristes mis ojos
su imágen santa perdieron,
fué porque entre nubes de oro,
como columna de incienso,
cruzó el azulado espacio
llevada en alas del viento.

**Beatriz.** Recemos, Inés!... Mas calla!
tu padre sale, silencio.

## ESCENA VI.

DICHOS, SANCHO y D. PEDRO, con la espada en la mano.

PEDRO. Estás convencido, Sancho?
SANCHO. Si, padre, estoy satisfecho.
PEDRO. Ya ves que no es por mi culpa
si de ella te deshheredo.
(Con profundo desaliento.)
Hoy no hay pan en esta casa,
mañana no lo tendremos,
tu hermana no tiene dote,
y á tí te faltan arreos
de campaña.
SANCHO. Basta, padre: (Con triste resolucion.)
iré.
PEDRO. Sacrificio inmenso
es el que te impongo, Sancho,
mas ya ves que yo no puedo,
pues pienso que ante el de Ureña
cayera al dársela muerto.
Mi amiga ha sido en la guerra,
mi esposa en los campamentos.
Siempre durmiendo á mi lado!
Siempre ceñida á mi cuerpo!
Ay! si juzgo que mi honra
con aquesta espada vendo!
Tómala, Sancho, hijo mio,
y que Dios premie mi esfuerzo,
que esfuerzo se necesita
para perder lo que pierdo.
Contigo se va mi gloria!
Recibe mi último beso,
y Dios quiera que te honre
aquel que será tu dueño.
SANCHO. Padre!
INÉS. Señor!
BEATRIZ Pedro mio!
PEDRO. Hijos, callad; no hay remedio!
Dios lo quiere! Ven, Beatriz;
que estoy de dolor muriendo.

## ESCENA VII.

SANCHO É INÉS.

SANCHO. Ya lo ves, hermana mia!
Esto es hecho. Quiso Dios
que naciéramos los dos
en hora aciaga y sombria.
Tú ves morir en un dia
la ilusion de tus amores.
Y aumentando sus rigores
quiere la suerte que venda
este acero... ¡Única prenda
que aun queda de mis mayores!
Noble espada vencedora
que en tanta y tanta jornada,
nunca te viste empañada
sino con sangre traidora.
¡Quién creyera que en mal hora,
tú, que hondo surco y salida
abriste en la lid reñida,
cual hoz cortante en las mieses,
por todo premio te vieses
como una esclava vendida!
INÉS. Templa tu dolor...
SANCHO. No puedo.
Por mas que lucho y me afano
siento, al cogerla en la mano,
no sé si vergüenza ó miedo.
Yo tambien con mi denuedo
honrarla un tiempo creí.
Mas no lo ha querido asi
mi ingrata y fatal estrella,
y hoy juzgo que vendo en ella
la sangre que corre en mí!
Extíngase en tí la historia
de nuestra antigua grandeza;
que el hogar de la pobreza
no es el templo de la gloria.
Adios, insigne memoria:
de mí el dolor te rechaza!
Adios! contigo se enlaza

de un gran linaje el recuerdo,
y sé que al perderte, pierdo
los blasones de mi raza.

INÉS. Oh! no mas, hermano mio!
Lleva con ánimo fuerte
la inclemencia de la suerte
y el rigor del hado impio.
Asi desmaya tu brio
en la afliccion y el pesar?
El timbre que vas á dar
de nuevo el valor alcanza,
y yo pierdo una esperanza
que no volveré á encontrar.

SANCHO. Ay, Inés, tienes razon!
Quiero seguir tu consejo,
que inútilmente me dejo
dominar por la afliccion.

INÉS. Con triste resignacion
mi frente al dolor inclino.
Sigamos nuestro camino
de espinas...

SANCHO. No puede ser (*Con resolucion.*)
que me enseñe una mujer
á luchar contra el destino.
Basta. ¡No mas cobardia!
Con justicia me sonrojas,
que al lado de tus congojas
esta pena es alegria.
Oh! espada! tú serás mia!
Pues á jurarte me atrevo
que si hoy llorando te llevo
vendida á manos ajenas,
con la sangre de mis venas
sabré comprarte de nuevo.

## ESCENA VIII.

INÉS.

El cielo ponga remedio
á las ánsias que te abruman,
y aun á costa de las mias

calme las zozobras tuyas.
Toda tu gloriosa estirpe
en tí se subleva y lucha
contra el rencor implacable
de nuestra infausta fortuna.
¡Tú puedes luchar!... Yo solo
puedo en eterna clausura
dar libre rienda á mi llanto
y á mis ilusiones tumba.
Allí acabará mi vida,
cual flor agostada y mustia;
pero no este amor que abrigo,
que no ha de açabarse nunca.
Ay, señor! cuando á tus plantas
llore acongojada y muda,
perdona si otro recuerdo
mi oracion profana y turba.
¡Solo tú puedes salvarme,
santa aparicion augusta
que en la fuente del Abeto
no fuiste sorda á mi súplica!
Acórreme en mi quebranto,
que te espero en mi amargura,
con el afan con que espera
el campo seco la lluvia.

## ESCENA IX.

INÉS y la REINA seguida de dos pajes, que se retiran á una señal, sin que Inés lo advierta.

INÉS. Ah! qué veo! Compasiva
llegais hasta mí!
REINA. En tu ayuda
ofrecí venir, y es justo
que al fin mi promesa cumpla.
INÉS. Bendita seais mil veces,
(Con religiosa admiracion.)
Madre de Dios, que en la altura
acogeis á los que lloran
y afirmais á los que dudan!
Oh! mirad mi incertidumbre!

Quién sois? mi fé os lo pregunta,
que en hondo recogimiento
cae á vuestros pies confusa.
(Hincándose de rodillas.)

REINA. Niña inocente, levanta.
La fé tu razon ofusca.
Mortal soy que el alterado
mar de la existencia surca.
Ven y sosiega en mis brazos
tu inquietud viva y profunda.
Dime, ¿qué pesar te agobia?
¿Por que tus ojos se anublan?

INÉS. Ved si pueden ser mayores
las penas que nos abruman,
que hoy manda Dios á mi casa
todas las desdichas juntas.
Mi padre vende su espada:
que á tal extremo le impulsa
la estrechez que le sujeta
y sus méritos injuria.

REINA. Vender su espada un soldado!
Malhaya, amen, la fortuna
que asi le postra!

INÉS. Y mi dote
será la mísera suma
que obtenga...

REINA. Vas á casarte?

INÉS. Van á abrir mi sepultura.
Estrecha celda me espera.

REINA. Tienes vocacion?

INÉS. (Con pena.) Ninguna.
Soy pobre! este es mi delito.

REINA. ¡Tiranas leyes te juzgan!
Y amas acaso?

INÉS. Señora,
viendo mi afan ¿quién lo duda?

REINA. Será honrado?

INÉS. De otro modo,
le amara?

REINA. Quizás rehusa!...
No te quiere?

INÉS. (Apasionadamente.) Con el alma!

Reina. Podrás olvidarle?
Inés. Nunca!
Reina. Y quién se opone á tu dicha?
Ines. Los respetos de mi cuna.
Reina. Grandes son! Segun parece
es rico?
Inés. Tiene tres yuntas.
Reina. Y tú?
Inés. Ni un rincon de tierra
(Con el mayor desaliento.)
en donde labrar mi tumba!
Reina. Por Dios que con tus mayores
ha sido la suerte injusta!
Escasa tierra alcanzaron
y ellos conquistaron mucha!

## ESCENA X.

DICHAS y BEATRIZ.

Inés. Venid, madre! Esta es la dama
que en la intrincada espesura
del bosque, junto á la fuente,
puso término á mi angustia.
Beatriz. Ah! (En actitud de arrodillarse.)
Reina. Deteneos. No quiero
que vuestra fé se confunda,
y dé crédito á los sueños
de esta alma inocente y pura.
Beatriz. No sé... (Confundida.)
Reina. Perdonad si acaso
mi llegada os importuna;
que el amor de Inés me sirve
de ocasion y de disculpa.
Inés. Disculparos vos, señora,
cuando en tanta desventura
sois el único consuelo
que mis pesares endulza!
Oh! miradla, madre mia!
miradla! Su rostro anuncia
felicidad y contento...
Sabe que lloro y me busca!

BEATRIZ. Ay! Dios os premie en el cielo
el bien que haceis!...
REINA. (Conmovida.) Y él destruya
á quien mire empedernido
el mal ajeno, y no sufra!
Sois del de Aguilar esposa?
Hablad.
BEATRIZ. Su nombre me escuda.
REINA. Honor y honrada defensa
os dará la sombra suya,
que es un bravo caballero.
Recuerdo que aqui, en la Zúbia,
salvó la vida á su reina
contra la morisca chusma.
INÉS. Sabeis tambien?...
REINA. Quién no sabe
sus gloriosas aventuras?
BEATRIZ. Quizás las ignora solo
quien puede prestarle ayuda.
Él, cumpliendo como bueno,
con su generosa alcurnia,
en defensa de su patria
arriesgó vida y fortuna,
Y hoy abandonado, triste,
cercano á su edad caduca,
la ingrata patria le olvida!...
REINA. La patria no olvida nunca!
Páginas hay en su historia
que á las edades futuras,
trasmitan los altos hechos
de los hijos que la ilustran.
Y reyes hay en la tierra
que los amparen y acudan,
si la suerte los maltrata
y orgullosos no se ocultan.
BEATRIZ. Y quién se acerca á los reyes?
Quién? Su resplandor deslumbra.
REINA. En la paz, los que estuvieron
al lado suyo en la lucha
Que si se esconden y apartan
donde nadie los descubra,
no han de responder los reyes

de lo que no tienen culpa.
BEATRIZ. Ellos, como el sol, debieran
llegar...
REINA. Loco está el que busca
la luz del astro del dia,
viviendo en la noche oscura.
BEATRIZ. (Su dignidad me suspende...
no acierto...)

## ESCENA XI.

DICHOS, y D. PEDRO en el hUmbral de la puerta de la derecha, dudoso y sorprendido.

PEDRO. Esa faz augusta...
Ah! dejad que á vuestras plantas
postre mi frente desnuda.
(Postrándose á los pies de la Reina y descubriéndose.)
REINA. Alzad. (Levantándole.)
BEATRIZ. (No sé qué pensar...) (Inquieta.)
PEDRO. Venid é hincad la rodilla,
que hoy la Reina de Castilla
honra nuestro pobre hogar.
(Beatriz é Inés se arrodillan, llenas de asombro.)
La magnánima Isabel,
que tras una y otra hazaña
lanzó por siempre de España
á los hijos de Ismael.
La que en la paz y en la guerra
tanto fatigó la historia,
que no cabiendo su gloria'
en la amplitud de la tierra,
con firme resolucion
y genio audaz y profundo,
para descubrir un mundo
tendió su diestra á Colon.
REINA. Alzaos
INÉS. Dejad, señora,
que humilde perdon demande
á la que siendo tan grande
con los desvalidos llora.
¡Señor, mis ánsias bendigo!

Qué otro bien me podeis dar,
decid, si he visto llorar
á una gran Reina conmigo?
No en vano cifraba en vos
mi esperanza y mi alegria!
Secreta voz me decia
que erais la imágen de Dios.

BEATRIZ. (Confundida.) Ay! ignoro si ofenderos
con mi ignorancia he podido...

REINA. Ya veis, Beatriz, que no olvido
á mis fieles caballeros,
y que desciendo á la aldea
cuando ellos huyen de mí.

PEDRO. Señora!...

REINA. Mas cerca os ví
en los campos de pelea.
Contra la huesta enemiga
marchábais siempre á mi lado.

PEDRO. Hoy no consiente mi estado
que os acompañe y os siga.
Soy pobre!

REINA. No importa nada.

PEDRO. Mi porte humilde y sencillo
no diera á la córte brillo.

REINA. ¡Harto la dió vuestra espada!

PEDRO. Disimulad mi franqueza;
pero en la córte no puedo
serviros...

REINA. Qué! teneis miedo?

PEDRO. Tengo miedo á mi pobreza!
Que es la miseria un abismo,
tumba del mejor linaje.

REINA No usabais ese lenguaje
en la guerra...

PEDRO. No es lo mismo.
Quien mas se arriesga y atreve
en la militar contienda,
lleva en su sangre la hacienda
que al rey y á su patria debe.
No le ofende allí jamás
la grandeza del magnate;
que allí el que mejor combate

es mas rico y vale mas.
Pero la córte me aterra,
que nada puedo ofreceros...

REINA. Es decir que para veros
tendré que estar siempre en guerra?
Ya que la paz os enfada,
siempre dispuesto estareis
á lidiar. ¿No me direis
por qué os miro sin espada?
Esa espada victoriosa
que á un caballero tan bravo
como vos, dió Alonso octavo
en las Navas de Tolosa?

PEDRO. (Ay de mí!)

REINA. Qué hicisteis de ella?
Mostradla.

PEDRO. (*Dolorosamente.*) No puede ser,
que me la obligó á vender
mi desventurada estrella.

REINA. Y á mí no habeis acudido
antes?... (*Con cariñosa reconvencion.*)

PEDRO. (*Desesperado.*) ¡Ya veis lo que pierdo!

REINA. Bien haya el santo recuerdo
que á la Zúbia me ha traido!
No le podreis olvidar,
porque en aquella jornada
amparo me dió esa espada...
que es preciso rescatar.
El cielo oyó mi oracion,
y huyó el alárabe, roto.
Hoy vengo á cumplir el voto
que hice en aquella ocasion.
Levantar quiero un convento
en esta campiña agreste,
donde adoracion se preste
al señor que nos dió aliento.
Donde aprendan los que en pos
nos sigan, cómo se enlaza
la gloria de nuestra raza
al santo nombre de Dios.
Y nunca olviden que fué
gérmen del noble heroismo,

que dilató á un tiempo mismo
nuestra patria y nuestra fé.

## ESCENA XII.

DICHOS y SANCHO, ciego de cólera, sin reparar en la Reina.

SANCHO. Padre, la suerte se empeña
en matarme!
PEDRO. No estás viendo?...
(Procurando llamar la atencion de Sancho hácia la Reina.)
SANCHO. (Sin hacerle caso.)
Vuestras órdenes cumpliendo,
llegué á casa del de Ureña.
No estaba, pero un doncel
me dijo en tono altanero:
—Vais á vender ese acero?
poco digno sereis de él.—
Entonces, no sé, señor,
qué es lo que pasó por mí.
PEDRO. Sancho! (Con inquietud.)
SANCHO. No sé si sentí
ira, vergüenza, ó dolor.
PEDRO. Oh, calla! (Cada vez mas inquieto.)
REINA. Dejadle hablar,
que sus palabras dan gozo.
Es bravo! Teneis un mozo
que pienso que os ha de honrar!
SANCHO. (Sorprendido.) Ah! perdonad... ¿Aquí vos?
REINA. Sigue.
SANCHO. Valióle el seguro
del palacio; pero juro
que hemos de vernos los dos.
Aunque la tierra le oculte,
le mataré.
REINA. Fiero estás!
SANCHO. (Á su padre.) Y no me mandeis jamás
donde ninguno me insulte.
que el soportarlo es mancilla
indigna de mi linaje.
PEDRO. Ven, hijo presta homenaje
á la Reina de Castilla.

La Reina! (No vuelvo apenas
de mi asombro!) Si ofender
os pude... (Arrodillándose.)

**Reina.** Bien dejas ver
la sangre que hay en tus venas.
Mundo abriré á tu ambicion
donde ilustres tus blasones,
defendiendo los pendones
de Castilla y de Aragon.

**Beatriz.** Hijo! (Atrayéndole con ternura hácia sí.)

**Reina.** Esa espada está en venta?

**Pedro.** Advertid...

(Tomándola de manos de Sancho.)

**Reina.** Mirad si acaso
vale algo mas. Yo la taso
en mil doblones de renta.
Probada está en el crisol
del combate, y me parece
que ese acero resplandece
con el honor español.

**Sancho.** Quién, señora, al escuchar
esa voz que el alma inflama,
su sangre audaz no derrama
por su Reina y por su hogar?
Juro que no viviré
en el ócio y el regalo.
Mi pariente don Gonzalo
manda en Italia. Allí iré!
y con generoso afan
á cuantos no os rindan feudo,
les haré ver que soy deudo,
deudo del Gran Capitan!

**Pedro.** Parte! Yo te lo consiento.

**Reina.** (Á Inés.) Tú, que hondas quejas exhalas,
dispon tus nupciales galas,
pues ya no vas al convento.
No desmerece tu amor
por rústico, si es honrado,
que tanto como el soldado
sirve al rey el labrador.
Con ambos la patria vive,
y es justo que como ofrenda

el soldado la defienda
y el labrador la cultive.

INÉS. Oh, no en vano el dia aquel
que ese acero conmemora,
os acogisteis, señora,
á la sombra de un laurel!
Grande sois....

BEATRIZ Mi rostro empaña
el llanto!

INÉS. Madre querida! (Abrazándola.)

BEATRIZ. PEDRO. Hijos del alma! (Abrazándolos.)

REINA. Mi vida,
(Mirándolos con enternecimiento.)
mis bienes, todo es de España!

PEDRO. Quiera Dios, si tan secretos
sentimientos se trasmiten,
que otros reyes os imiten.

REINA. Eso harán si son mis nietos.
En mi tranquila conciencia
veo, á través de la historia,
reproducida mi gloria
en mi augusta descendencia!
(Tomando la espada de manos de D. Pedro.)
Aqui la espada teneis,
Sancho. Doblad la rodilla.
Os la entrego sin mancilla:
mirad cómo la volveis.
Prenda de reyes fué un dia!
despues, de súbditos!... Ella
la union sacrosanta sella
del pueblo y la monarquia!
Que en su hoja de buena ley
las manchas descubro y hallo
de la sangre del vasallo
y de la sangre del rey.
Con su auxilio, altivo y fuerte,
hemos sabido adquirir
tierra propia en que dormir
el gran sueño de la muerte.
Y merced á los fulgores
que despidió en mil campañas,